

Ante la creciente evidencia de que el PRI no ganaría la elección de regente, crece en ese partido la tentación de recular, y de volver a la fórmula que otorga ese cargo al partido que obtenga la mayoría de las curules que aquí se disputen el año próximo.

Descriptores: Página Editorial Columna Plaza Pública

Título: Plaza Pública/ Los Ricardos, los Salinas

Fuente: Reforma

Fecha: 16/07/1996

Folio: 35036

Medida: 6781

Plaza Pública / Los Ricardos, los Salinas

Miguel Angel Granados Chapa

La guerra entre las televisoras, una anécdota al fin y al cabo, enseña cuán por debajo están de la exigencia nacional, y debe servir de base para una cavilación social de largo alcance que las ponga al servicio de la convivencia entre los mexicanos.

En vez de que se diga que el señor presidente de Televisión Azteca, don Ricardo Salinas Pliego, se encuentra sumamente indignado por el proceder de sus colaboradores, cuya inteligencia puso en entredicho, el episodio se narra tan crudamente como ocurrió.

La sola diferencia entre Emilio Azcárraga Milmo y Ricardo Salinas Pliego, y entre Televisa y Televisión Azteca, es el tamaño. El segundo, y su negocio, son mucho más chicos, chiquitos, que el primero y su negocio. Pero en todo lo demás son exactamente iguales, hasta en la cruda desconsideración por sus colaboradores.

Hace años, en una cena, Azcárraga interrumpió un elogio que el contralor Francisco Rojas hacía a los principales conductores de programas de Televisa, allí presentes: "Nada, nada -gruñó- no hay nada que agradecer: estos están para servir". Y suman decenas las anécdotas que lo pintan desdeñando con brutalidad a quienes aparecen ante la pantalla: "Jacobo, ¡otra vez con tus pendejadas!", le espetó ante muchos testigos al comienzo de una gira presidencial, de las que ambos han sido invitados asiduos.

Salinas Pliego, por su parte, parece agregar la majadería a la panoplia de sus limitaciones. No es la persona más articulada del mundo en la expresión de su ideas, si alguna. Pero ahora conocemos que también falta al respeto a quienes lo sirven. Carlos Marín, ejecutivo de la revista Proceso relata un episodio que ilustra esa actitud, ocurrido la semana pasada. Volveremos a él más adelante. Ahora nos detenemos sólo en el modo de ser que sirve para comparar al magnate de la televisión con quien desde lejos lo imita. Este dijo, según dice Marín que le dijo Sergio Sarmiento: "¡Qué pendejos son...!", refiriéndose al personal de Televisión Azteca que engatusó al jefe de producción de Proceso, a quien arrancaron una declaración sobre Televisa haciéndole creer que



estaba grabando un programa sobre los veinte años de la expulsión de Excélsior del grupo al que pertenecía Marín. Sarmiento, como se sabe, es el vicepresidente de noticias de la empresa presidida con esa elegancia por el señor Salinas Pliego. Este, por ese episodio, "se encabronó", según comunicó Sarmiento, no se sabe si temeroso, admirador o meramente descriptivo.

El lance por el cual protestaba Marín, y por el cual le fue ofrecida una satisfacción que finalmente no le fue cumplida, es parte de la guerra de las pantallas que ha continuado. Son muy priístas y cercanos al gobierno el magnate y su imitador, pero a la hora de defender sus intereses o agredir a los contrarios, pasan por alto la obediencia que profesan al poder, y hacen lo que les place. Así, desoyeron la virtual reprimenda presidencial, expresada sesgadamente, sobre los pleitos entre medios de difusión, que todo el mundo entendió dirigida a las dos televisoras. Y echaron por la borda los intentos de silenciamiento conciliador emprendidos en la Secretaría de Gobernación: continuaron la tunda que se asestan recíprocamente y en la que, salvo los insultos dirigidos el lunes 8 a Ricardo Rocha y los que él devolvió anteanoche, ambas partes tienen plena razón. Eso es lo interesante de cuando se pelean las comadres, que salen a relucir las verdades.

En Televisión Azteca, de paso, se insiste en descalificar a quienes por obvio interés profesional dedican su espacio a informar de la relación entre los Salinas, Ricardo y Raúl. Tal es el caso de Alejandro Junco de la Vega, el presidente y director general de El Norte y Reforma, periódicos donde sistemáticamente se han expuesto las averiguaciones sobre la fortuna y las aventuras financieras de Salinas de Gortari. Ha sido esa la causa de la aparición en las páginas de esos diarios, como del resto de la prensa, del nombre y las andanzas del presidente de Elektra. Antes había aparecido sólo a la hora en que su propuesta fue sacada de la manga para asignarle un negocio en que otros postores con mejores ofertas fueron postergados. La causa de esa preferencia fue la elevada postura presentada por Salinas Pliego. Por eso se pudo decir entonces que si es verdad, como reza su lema comercial, que "nadie vende más barato que Elektra" también es cierto que "nadie compra más caro que Elektra".

Las anécdotas de esta guerra de las cámaras son interesantes, y hasta con un cierto sentido del humor pueden parecer divertidas. No lo son cuando las partes se intercambian insultos, que es algo diferente a la adjetivación de conductas personales o profesionales: ¿Por qué un Ricardo, Rocha, tiene que descender al nivel de sus atacantes, llamando "falderillos y pinacates" a quienes por cuenta del otro Ricardo, Salinas lo trataron de "títere" y "cobarde"?

Al contrario de lo que piensa el Presidente Zedillo, me parece que la sociedad mexicana no tiene empacho en presenciar la ventilación de las querellas privadas en los espacios públicos. Me pregunto, sin embargo, si dedicar la televisión a dirimir disputas entre malos y peores, o entre iguales en último término, es el uso más razonable que el Estado puede permitir. Si las invocaciones candorosas a la buena voluntad de las partes han fracasado, porque la reyerta no cesa después de las admoniciones a que se porten bien, debería hacerse sentir la acción estatal, no el manazo de funcionarios, sino la aplicación de la majestad de la ley.

Esta, en efecto, dice que la televisión, y la radio, "tienen la función social de contribuir... al mejoramiento de las formas de convivencia humana". Pero claro, eso se lee en un texto arcaico, olvidado en el cuarto de los trebejos, que es la ley federal de radio y televisión, un instrumento legal que nadie conoce y por ende nadie aplica. No lo conoce, porque es economista, el secretario de Comunicaciones y Transportes, que muy orondo se ha apresurado a tranquilizar a los afectados, diciendo que sus concesiones no están en riesgo. De aplicarse la ley en casos de interés público como el presente, y no amagando con ella como se hace para silenciar voces diferentes (ni siquiera disidentes), se daría pauta para una reorganización de una industria clave en la vida pública mexicana, cuyos tenedores están muy por debajo de la exigencia nacional.